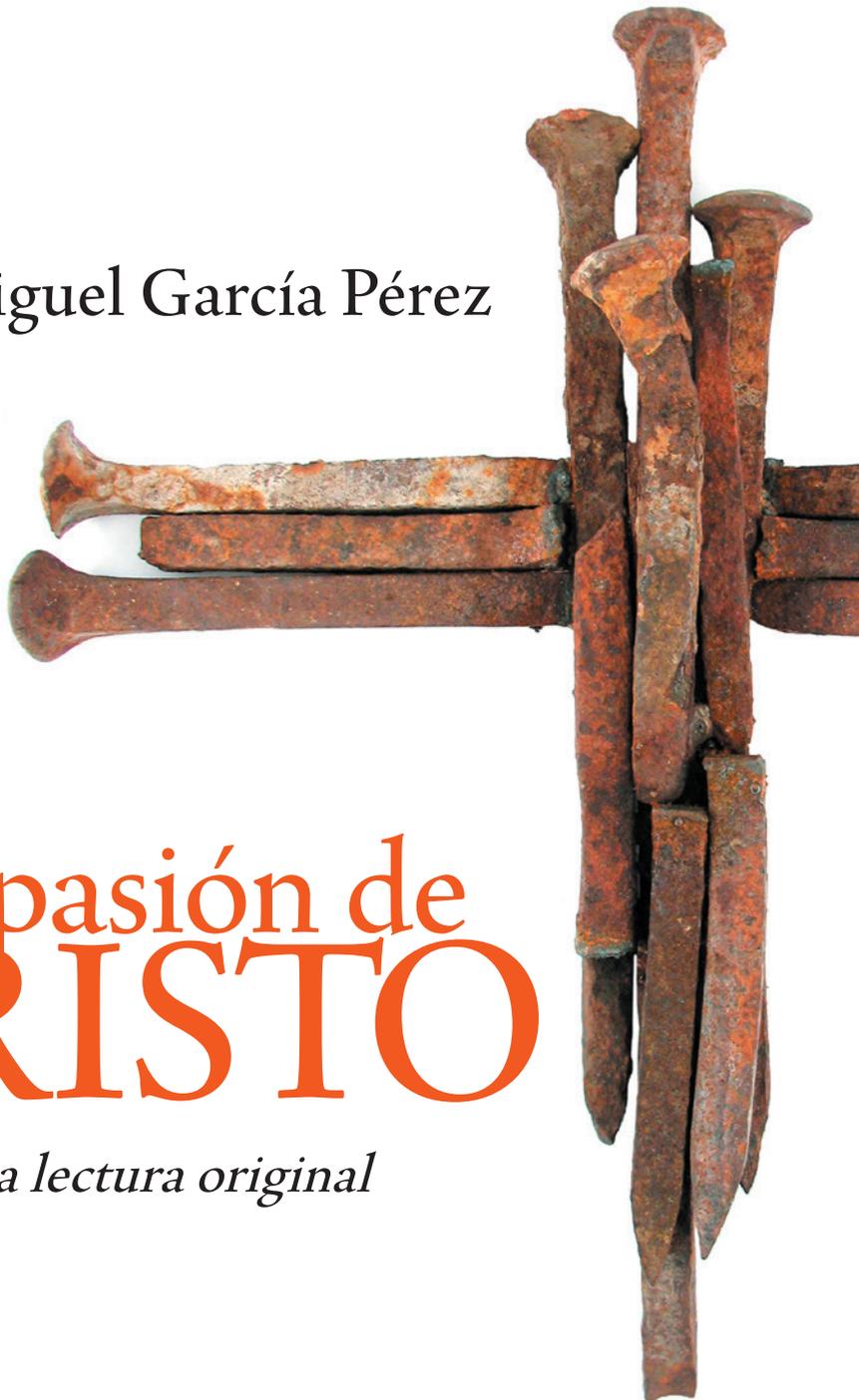


José Miguel García Pérez



La pasión de CRISTO

Una lectura original

La pasión de Cristo



100XUNO

José Miguel García Pérez

La pasión de Cristo

Una lectura original



Este libro ha sido realizado en parte con la ayuda financiera del Centro Español de Estudios Eclesiásticos anejo a la Iglesia Nacional Española de Santiago y Monserrat de Roma, en el marco de los proyectos de investigación del curso 2016-2017.

© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2019

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 52

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-9055-956-7

Depósito Legal: M-3000-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
CAPÍTULO I: PRELUDIO	19
1. El problema cronológico de la pasión de Jesús.....	19
2. La decisión de prender a Jesús.....	24
3. La última cena: interpretación salvífica de la muerte de Jesús.....	29
4. Una versión más primitiva de este dicho sacrificial (Mc 14,25).....	37
CAPÍTULO II: EL PRENDIMIENTO.....	43
1. La oración de Jesús antes del prendimiento	45
2. La oración de Jesús en Getsemaní según Heb 5,7-8.....	51
3. El prendimiento de Jesús en Getsemaní	55
4. El relato joánico del prendimiento.....	60
5. La conciencia de Jesús	66
EXCURSO: EL JOVEN QUE HUYÓ DESNUDO (Mc 14,51-52)	71
CAPÍTULO III: EL JUICIO ANTE EL SANHEDRÍN	77
1. Ante el gran tribunal judío.....	77
2. Las dificultades históricas del relato	81
3. El interrogatorio de Jesús según Lucas.....	86
4. ¿Una comparecencia ante Anás?	90
5. El delito de Jesús.....	93
6. Las negaciones de Pedro	99
7. La muerte de Judas	104

CAPÍTULO IV: EL JUICIO ANTE PILATO.....	109
1. Poncio Pilato en los evangelios	112
2. El juicio ante el prefecto romano	116
3. El sueño de la mujer de Pilato (Mt 27,19)	120
4. El privilegio pascual	125
5. La versión joánica del privilegio pascual	134
6. «Sea su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27,25)	136
 CAPÍTULO V: LA CRUCIFIXIÓN	 143
1. El suplicio de la cruz	145
2. Noticias cronológicas dispares	146
3. La narración evangélica de la crucifixión.....	151
4. Cristo murió por nuestros pecados (1Cor 15,3).....	154
5. El buen ladrón (Lc 23, 39-42).....	162
 EXCURSO: EL SUPPLICIO DE LA CRUZ.....	 171
 CAPÍTULO VI: EL ENTIERRO DE JESÚS.....	 177
1. Los ritos funerarios judíos.....	180
2. Los relatos evangélicos.....	184
3. El extraño día después de la Parasceve (Mt 27,62-66)	189
4. Los guardias en el sepulcro.....	193
5. La presencia de las mujeres.....	198
6. ¿Sábana o lienzos? (Jn 20,6).....	200
 BIBLIOGRAFÍA.....	 205

PRÓLOGO

Jesús de Nazaret murió clavado en una cruz fuera de los muros de la ciudad de Jerusalén, en una pequeña colina, llamada Gólgota, junto a la puerta de los huertos o de Efraím. El juicio en el que fue condenado, su pasión y muerte están narrados en los cuatro evangelios canónicos, que son nuestras principales fuentes históricas para conocer quién es Jesús. La mayoría de los estudiosos suele fechar la redacción de estas obras cristianas entre la segunda mitad de los años 60 y finales de los 90 de nuestra era; o sea, unos 35-70 años después de los sucesos narrados. Esta fecha tardía, junto a la falta de una sintonía total de los relatos evangélicos, ha llevado a bastantes exegetas a relativizar el valor histórico de los relatos de la pasión, e incluso a poner en cuestión la identificación tradicional de sus autores, que la Iglesia siempre ha reconocido como apóstoles-testigos de los hechos narrados (Mateo y Juan) o al menos como discípulos de aquellos que fueron testigos, de quienes recibieron la información (Marcos y Lucas). Nosotros estamos convencidos no solo de la antigüedad de la historia de la pasión, en sintonía con la mayoría de los estudiosos que suele colocar su redacción a finales de la década de los años 30, sino también de la fiabilidad de las noticias recogidas, ya que proceden de los testigos presenciales, como es fácil deducir del estilo y el contenido de los mismos relatos¹.

¹ Cf. R. Bauckham, *Jesus and the Eyewitnesses. The Gospels as Eyewitness*

La antigüedad de los relatos evangélicos donde se narra el prendimiento, el juicio y la condena, el sufrimiento y la muerte de Jesús está avalada por el conocimiento exacto que los autores sagrados manifestaron tener respecto a la situación histórico-social de la Palestina de aquella época y por el carácter semítico de la redacción griega, que obliga a pensar en una formulación, incluso fijada por escrito, en lengua aramea. Según X. Léon-Dufour, las características lingüísticas semíticas apoyan la autenticidad de estos relatos, ya que demuestran que su redacción tuvo lugar en Palestina en las primeras décadas del cristianismo: «La ciencia lingüística resuelve también algunos problemas. Así, difícilmente se puede admitir la afirmación de M. Goguel de que los relatos de la pasión provienen del cristianismo helenístico, pues los semitismos que se detectan en ellos testimonian el medio judeo-cristiano en que fueron elaborados»².

Estos relatos evangélicos, comparados con los del ministerio público, o con los capítulos iniciales dedicados a la infancia según Mateo y Lucas, tienen unas características especiales. Ante todo, llama la atención que estas narraciones evangélicas tengan una clara unidad y desarrollo temporal progresivo, mientras que el resto de los evangelios son noticias de hechos aislados o palabras pronunciadas en diferentes ocasiones, que a veces se reúnen según la temática. Por otra parte, es llamativa la gran coincidencia que existe entre la historia de la pasión de los evangelios sinópticos, o sea los tres primeros, y la del cuarto evangelio. Durante el ministerio público, el evangelio según Juan destaca por la diversidad de hechos y discursos de Jesús que forman la trama del relato respecto a los otros tres; diferencia que se mantiene en los preámbulos de la pasión, desde la entrada de

Testimony (Eerdman, Grand Rapids 2006) 14-147. Sobre la antigüedad de estos relatos véase, J.B. Green, «Passion Narrative», en J.B. Green-S. McKnight-I.H. Marshall (ed.), *Dictionary of Jesus and the Gospels* (InterVarsity, Downers Grove-Leicester 1992) 604; R.E. Brown, *The Death of the Messiah. From Gethsemane to the Grave. A Commentary on the Passion Narratives in the Four Gospels* (Doubleday, New York 1994) 92.

² X. Léon-Dufour, «Passion (Récits de la)»: DBS 6 (1960) 1481. Cf. también R.E. Brown, *The Death of the Messiah*, 53-57.

Jerusalén hasta la última cena. Pero a partir del prendimiento de Jesús en Getsemaní, el desarrollo de los acontecimientos es casi idéntico en los cuatro evangelios. Esta semejanza en el orden de narrar y en los acontecimientos señalados es debida en gran parte a la fidelidad de los evangelistas a los hechos acontecidos, como afirma X. Léon-Dufour: «Son los mismos acontecimientos que se transmiten en las cuatro recensiones; pero, si es necesario admitir la dependencia en relación a una misma tradición, no se puede hablar de dependencia literaria mutua inmediata»³. Un rasgo que apoyaría la existencia de una historia primitiva de la pasión es que estos pasajes evangélicos son independientes de los relatos del ministerio público de Jesús, ya que allí no se encuentra mención alguna a la información ofrecida en esos relatos. En dicha historia primitiva, la pasión comenzaría con el prendimiento de Jesús en Getsemaní, como parece sugerir la coincidencia existente entre los evangelios a partir de este suceso; dato que viene confirmado por la formulación del segundo y tercer anuncios de la pasión (Mc 9,31; 10,33; cf. 1Cor 11,23).

Por otra parte, no podemos olvidar que los evangelios se escribieron algunos años después del gran acontecimiento de la resurrección. Por eso, resulta sorprendente que los evangelistas dediquen más espacio a narrar la pasión y muerte de Jesús que su victoriosa resurrección. Hace tiempo M. Kähler, de forma provocadora, consideró los evangelios unos relatos de la pasión con extensas introducciones⁴. La relevancia de los acontecimientos finales de la vida de Jesús no solo se constata por la cantidad de versículos que les dedican los cuatro evangelistas, sino sobre todo porque la narración de su vida pública está transida de la amenaza/anuncio de la pasión⁵. En realidad, los acontecimientos narrados en los evangelios tienen el horizonte de la muerte de Jesús. La relevancia que otorgan los autores sagrados a estos relatos

³ X. Léon-Dufour, «Passion», 1440.

⁴ M. Kähler, *The So-Called Historical Jesus and the Historical Biblical Christ*, (Fortress, Philadelphia 1964) 80 nota 11.

⁵ Véase, por ejemplo, en el Evangelio según Marcos las diferentes referencias a la pasión y muerte de Jesús: 2,7; 3,6.22-30; 8,31; 9,31; 10,33s; 11,18; 12,12

de la pasión y muerte de su Maestro resalta más si tenemos en cuenta que no constituyen la última palabra sobre la vida de Jesús y que los sucesos narrados ocuparon menos de un día de los años dedicados al ministerio público. Si la llegada al Huerto de los Olivos se considera el preámbulo de la pasión, el prendimiento, el juicio, el suplicio de la cruz, la muerte y la sepultura de Jesús tuvieron lugar en pocas horas, desde la noche del jueves al inicio de la tarde del viernes.

De igual modo, es llamativo que en los relatos evangélicos no se minimice el dolor de Jesús ni la sensación de derrota que experimentaron sus seguidores. A decir verdad, a la luz del acontecimiento de la resurrección, la pasión podría haberse considerado como un intermedio desafortunado, un suceso de importancia secundaria. Como señala A. Vanhoye, «no se esperarí­a una insistencia tan acentuada en las escenas dolorosas de la pasión. Deberían haberse disuelto para dejar espacio a los aspectos ‘positivos’ de la existencia de Jesús. En la vida pública, la acción del taumaturgo en que se preanunciaba el triunfo sobre la muerte, el éxito entre la gente, la enseñanza luminosa impartida con autoridad, el modo de organizar a los discípulos; después las apariciones del resucitado y los poderes concedidos a la Iglesia. A nuestro juicio, esto es lo que debería parecer importante y definitivo. La pasión podía entrar en la sombra, como un intermedio desafortunado que, gracias a Dios, no había tenido consecuencias duraderas [...] Sin embargo, la luz de la resurrección no favoreció esta visión. No llevó a una religión de evasión. En modo alguno apartó a los cristianos de los aspectos dolorosos de la vida de Jesús, por el contrario los condujo a valorar toda la existencia de su Salvador y en particular sus aspectos más desconcertantes: la contradicción y el sufrimiento»⁶. En efecto, los relatos evangélicos no presentan huellas de una dulcificación o disminución del tormento y muerte de Jesús a causa de su resurrección.

Sin embargo, la historia de la pasión no suele describir con detalle los tormentos infligidos a Jesús. La atención está centrada, sobre todo,

⁶ A. Vanhoye, «I racconti della Passione nei vangeli sinottici», en Varios, *La Passione secondo i quattro Vangeli* (Queriniana, Brescia 52003) 16s.

en dos datos. En primer lugar, se juzga lo sucedido no como fruto del azar impersonal ni como mera consecuencia de la sola voluntad humana. En el origen de estos hechos está la voluntad divina; en ellos se cumple el designio del Padre. La urgencia de narrar los sucesos como voluntad de Dios, algo que ya aparece en los tres anuncios de la pasión, habría llevado a echar mano de pasajes del Antiguo Testamento; sobre todo el cuarto canto del Siervo sufriente (Is 52,13-53,12) o los salmos del justo perseguido (en concreto los Sal 22 y 69). A la luz de estos pasajes de las Sagradas Escrituras se narran los hechos acaecidos durante la pasión de Jesús. Pero esto no significa que esos pasajes proféticos hayan originado los relatos evangélicos, como han sugerido algunos estudiosos⁷. Por el contrario, como se puede constatar con facilidad, los relatos evangélicos no inventan circunstancias o elementos con el fin de poner en evidencia el cumplimiento de las Escrituras; en ellos no encontramos nada que no sea propio de los pormenores históricos de la época en que vivió Jesús y del tormento de la crucifixión⁸. En segundo lugar, se afirma con claridad el papel protagonista que el sanhedrín de Jerusalén ejerció en la condena de Jesús llevado por su celo de defender la santidad de Dios. Esta responsabilidad de las autoridades judías aparece afirmada explícitamente en varios libros del Nuevo Testamento⁹.

En realidad, el motivo por el que se escribió la historia de la pasión no estaba en realizar una crónica, relatar la materialidad de los hechos; que, por lo demás, era bien conocida de aquellos a quienes se les leía este relato. A los autores sagrados, urgía sobre todo comunicar el significado de tales hechos, su valor salvífico. La preeminencia que tiene la pasión de Jesús en los evangelios procede no tanto del

⁷ Por ejemplo, J.D. Crossan, *The Cross that Spoke. The Origins of the Passion Narrative* (Harper&Row, San Francisco 1988).

⁸ Por ejemplo, el lamento de las mujeres era la forma de acompañar al condenado; el reparto de los vestidos u ofrecer una bebida fuerte entraban dentro de la realización normal de una crucifixión; también era normal indicar mediante un titulus el motivo de condena; etc.

⁹ Véase Mc 15,1.10-11; Mt 27,1-2.12-14.20; Jn 18,35; 19,6-7; Hch 3,13-15; 4,10-11; 13,27-28; 1Tes 2,15; etc.

impacto sensible que estos hechos provocaron en sus seguidores, sino del significado sorprendente que reconocieron en ellos: desvelaban el verdadero sentido de la vida de Jesús, su verdadera misión. Desde los inicios, los primeros cristianos consideraron los sufrimientos y la muerte de Jesús como la razón de su existencia. Reconocían que Jesús había venido para cumplir la voluntad del Padre al aceptar la muerte en rescate por muchos (cf. Mc 10,45). Esta voluntad misericordiosa de Dios manifestada en la muerte redentora de Jesús hizo que la comunidad cristiana hablara siempre de estos acontecimientos con conmoción y gratitud. De igual modo, la memoria de este gran acontecimiento salvífico urgió a los predicadores cristianos a anunciarlo a todos los hombres.

Por lo demás, este sentido teológico de la muerte de Jesús no fue una invención de la comunidad, sino que fue afirmado por fidelidad a la propia interpretación que Él mismo comunicó a sus discípulos en varias ocasiones a lo largo de su vida y al comienzo de su pasión. Hechos y significado teológico-salvífico son inseparables en la conciencia de Jesús. El anuncio cristiano, la proclamación de sus misioneros, exige la fidelidad en la narración de los hechos no solo en su aspecto material, sino también en el sentido que les otorgó su Maestro.

Sin embargo, según es fácil deducir de la información evangélica, el significado de la pasión, a pesar de las explicaciones de Jesús, no fue acogido de inmediato por los discípulos, que cayeron en la tentación de la duda y estuvieron dominados por el miedo. En efecto, al conocer la condena del tribunal supremo judío y la posterior muerte de Jesús en cruz, percibieron estos hechos como escandalosos, como el fracaso definitivo de la misión de Aquel que seguían. Si pudieron superar aquella terrible prueba de fe, leyendo de un modo diferente lo que había sucedido en Jerusalén aquel viernes del mes de Nisán, no fue porque se pusieron a reflexionar sobre los textos del Antiguo Testamento. Solo otro acontecimiento imprevisible, la resurrección de Jesús, pudo sacarles de la desolación que les embargaba y permitirles superar la gran prueba. Después, gracias a la convivencia

con el Resucitado, de escucharle su modo de interpretar lo sucedido a la luz de las profecías del Antiguo Testamento, pudieron ofrecer una explicación diferente de los hechos. Solo una inteligencia como la de Jesús pudo comprender los textos sagrados, solo Él pudo introducir una exegesis tan novedosa. Los hechos superaban los anuncios proféticos, esos textos sagrados no eran un relato previo de lo que iba a suceder; por tanto, ninguno de estos pasajes coincidía por completo con lo sucedido en ese viernes. Las palabras de los textos sagrados no eran suficientes para desvelar la profundidad de los hechos a cualquier contemporáneo de Jesús conocedor de esas profecías. Solo el mismo Jesús pudo desvelar su sentido profundo, su verdadero significado. Luego, los apóstoles, de modo particular Pablo, penetrarán en sus palabras e intentarán expresarlas de forma más teológica. Pero no inventaron nada. El hecho y su significado eran demasiado excepcionales para que pudieran inventarlos. Los evangelistas, narrando los hechos sucedidos, transmitieron también la interpretación que de ellos dio el mismo Jesús.

Afirma H. Schlier, «cada acontecimiento histórico remite a su texto y tiene un texto. Sin este no hay ‘acontecimiento’ en el pleno sentido de la palabra»¹⁰. Los evangelistas transmiten estos acontecimientos dentro de un relato, de una composición literaria. En este sentido, es absolutamente necesario entender perfectamente la narración escrita contenida en los evangelios, intentado resolver todas las oscuridades lingüísticas que encontramos en ella, al mismo tiempo que debemos prestar atención a los hechos que testimonian y a su modo de narrar. Solo así podremos alcanzar el verdadero significado de la historia de la pasión. Y una clave que hay que tener en cuenta para resolver las dificultades y extrañezas que contienen algunos relatos es el origen semítico de la tradición evangélica. Es siempre peligroso interpretar un texto o apelar a su sentido teológico sin haber intentado resolver todas sus extrañezas redaccionales¹¹. Pues bien, este estudio filológico

¹⁰ H. Schlier, *Sobre la resurrección de Jesucristo*, (30Días, Roma 2008) 14.

¹¹ Hace algunos años J. Carmignac, *Recherches sur le ‘Notre Père’*

CAPÍTULO I: PRELUDIO

1. El problema cronológico de la pasión de Jesús

El desacuerdo más incomprensible que encontramos en la historia de la pasión entre los sinópticos y el cuarto evangelio es la diferente fecha que asignan a la muerte de Jesús de Nazaret. Según Jn 18,28 y 19,14.31, el juicio y la muerte del predicador de Galilea tuvieron lugar el día antes de la fiesta de la Pascua, el 14 de Nisán. Por el contrario, los sinópticos afirman que murió en la cruz unas horas después de que la comunidad hebrea hubiese celebrado la cena pascual (Mc 14,12-16; Lc 22,14s); es decir, Jesús murió el 15 de Nisán, cuando los judíos celebraban la fiesta de Pascua. Como reconoce G. Vermes en un estudio sobre la pasión de Jesús, «la cronología se erige como la cuestión más importante en la lista de las discrepancias. La verdad es que la diferencia temporal entre Juan y los sinópticos es de solo veinticuatro horas, pero las repercusiones de este hecho pueden ser enormes»¹. La mayoría de los estudiosos ha intentado explicar o justificar

¹ G. Vermes, *La pasión. La verdad sobre el acontecimiento que cambió la historia de la humanidad* (Ares y Mares, Barcelona 2007) 147s. Entre las consecuencias que se derivan de optar por una u otra datación se halla la cuestión de si la última cena fue o no pascual. G. Vermes, con bastante ligereza, no solo liquida el carácter pascual de la última cena, sino incluso niega la institución eucarística en ella: «Al anochecer del jueves, cuando empezaba la *vigilia* de la pascua (14 de Nisán), Jesús celebró una cena con sus apóstoles que resultó ser la última. No era una cena de pascua, ni supuso la institución de la Eucaristía» (p.177).

esta discordancia apelando, entre otras cosas, a la diferente teología de los evangelistas. No obstante, hasta hoy, ninguno de los argumentos ofrecidos es convincente².

En la actualidad, bastantes estudiosos prefieren la cronología que ofrece el cuarto evangelio. Según ellos, hay dos argumentos decisivos para preferir la fecha identificada en este evangelio: el hecho de que Juan no aluda al carácter pascual de la última cena y la total sintonía cronológica con la noticia que nos ha llegado en el tratado *Sanhedrin* del Talmud de Babilonia. En una *baraita* del siglo II conservada en dicho tratado se lee: «Fue transmitido: Jesús el nazareno fue colgado la vigilia de la Pascua. Cuarenta días antes el heraldo había gritado: ‘Se le está conduciendo fuera para que sea lapidado, porque ha practicado la hechicería y conducido a Israel fuera del camino llevándolo a la apostasía. Quien tenga algo que decir, venga y lo declare’. Dado que nada fue presentado en su defensa, fue colgado la vigilia de Pascua» (bSanh 43a). Ahora bien, si la última cena no fue la ritual comida de Pascua, estos estudiosos tendrán que explicar no solo por qué los relatos sinópticos la caracterizan como pascual, sino sobre todo el motivo que llevó a Jesús a escoger Jerusalén como lugar para esta cena de despedida (cf. Mc 14,12-16), cuando era bien consciente del peligro que corría subiendo a la ciudad santa; bien podría haber celebrado esta cena de despedida en cualquier otra población de los alrededores. De igual modo, si no estaba obligado a permanecer en Jerusalén, ya que todavía no era la Pascua, ¿por qué decidió quedarse en el huerto de los Olivos esa noche después de la cena, en vez de volver a su residencia de Betania donde solía morar durante sus visitas a la ciudad santa con ocasión de las fiestas de peregrinación?

Es cierto que si los partidarios de la datación joánica de la condena y muerte de Jesús optan por esta cronología se debe en gran

² Para una exposición del problema y algunas de las explicaciones propuestas puede verse M.-J. Lagrange, *Évangile selon Saint Marc* (EtB, Gabalda, Paris ⁴1929) 354-363; N. Geldenhuis, *The Gospel of Luke. The English Text with Introduction Exposition and Notes* (NICNT, Eerdmans, Grand Rapids 1988) 649-670; R.E. Brown, *The Death of the Messiah*, 1350-1376.

medida a que consideran la fecha que proponen los sinópticos muy problemática. Así lo pone en evidencia estas palabras de G. Vermes: «Resulta difícil imaginar, en un escenario judío del siglo I d.C., que un delito capital se juzgara de noche, en concreto el día de la festividad de la Pascua. Es igualmente improbable que los líderes de la religión judía, desatendiendo sus obligaciones en el templo, actuaran como acusación en una vista celebrada por el gobernador romano la mañana del decimoquinto día de Nisán y que pasaran el resto del día de Pascua siguiendo a Jesús hasta el Gólgota y le vieran morir en la cruz»³. Abordaremos esta cuestión en otro capítulo. Basta por ahora destacar la llamativa disparidad que existe en los evangelios sobre un día tan significativo para la historia del cristianismo.

Pero no es la única información cronológica problemática que aparece en los cuatro evangelios canónicos. Marcos ofrece dos indicaciones de tiempo en los preámbulos de la pasión. En Mc 14,1, indicando el momento en que los miembros del sanedrín tomaron la decisión de acabar con Jesús, se lee: «Faltaban dos días para la Pascua y los Ácimos». El juntar aquí la fiesta de la Pascua y los Ácimos es debido a que durante una semana los judíos comían pan sin levadura en recuerdo de la liberación de la esclavitud que realizó el Señor al sacar a su pueblo de Egipto: salieron con tanta prisa que no hubo tiempo de dejar fermentar la masa. Previamente a la Pascua, se retiraban de todos los hogares judíos la levadura y los trozos de pan fermentado; con este fin se llevaba a cabo una limpieza a fondo de todas las habitaciones de las casas. Otro de los preparativos que se realizaban antes del comienzo de la fiesta era la matanza de los corderos que se comían en la cena pascual. Sin embargo, al comenzar el relato de la preparación de la última cena, Marcos sitúa erróneamente dicha matanza en el primer día de la fiesta: «El primer día de los Ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual» (14,12).

³ G. Vermes, *La pasión*, 172. Véase también J. J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Segunda parte. Desde la Entrada de Jerusalén hasta la Resurrección* (Plantea-Encuentro, Madrid 2011) 130s.

La pasión de Cristo

Una lectura de los relatos de la pasión de Cristo que aparecen en los cuatro evangelios canónicos revela, a primera vista, una narración del desarrollo general de los acontecimientos muy similar. Sin embargo, un análisis atento de los textos manifiesta llamativas diferencias, incluso contradicciones, de algunos hechos narrados en ellos: el motivo de la celebración de la última cena, la comparecencia de Jesús ante el sanedrín, el día de la muerte de Jesús o el privilegio pascual que permitió la liberación de Barrabás, entre otros.

Los estudiosos han intentado explicar o justificar tales diferencias apelando a la intención literaria o teológica de cada evangelista, sin alcanzar una explicación unánime. Este debate, que sigue vivo hoy en día, junto a una supuesta datación tardía de la redacción de los textos evangélicos, habría llevado a relativizar el valor histórico de los relatos de la pasión y a dudar de la identidad de sus autores. Esto supondría un grave problema para la fe cristiana, esencialmente histórica.

El autor del presente libro ofrece, desde un punto de vista histórico, soluciones certeras tras décadas de estudio del sustrato semítico de los textos evangélicos, dando con ello un firme apoyo a la fiabilidad de las noticias e informaciones recogidas en ellos.



ISBN: 978-84-9055-956-7

